

CRÍTICA

CHRISTINE WEBB

EL MONO ARROGANTE

LA SUPREMACÍA HUMANA Y SUS CONSECUENCIAS

UN ALEGATO BRILLANTE CONTRA
EL ANTROPOCENTRISMO QUE
REVELA UN PLANETA LLENO DE
INTELIGENCIAS Y CULTURAS MÁS
ALLÁ DE LA HUMANA

**A LA VENTA
EL 25 DE FEBRERO**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laura Fabregat (Responsable de
Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

Darwin consideraba que los seres humanos formamos parte de la red de la vida, no la cúspide de una jerarquía natural. Sin embargo, hoy muchos siguen convencidos de que somos la especie más inteligente, virtuosa y exitosa que ha existido. Este pensamiento erróneo nos permite explotar la Tierra en beneficio propio, llevándonos a un peligroso desequilibrio planetario. Pero ¿es inevitable esta visión y forma de vida? *El mono arrogante* demuestra que el excepcionalismo humano es una ideología que depende más de la cultura que de la biología, más de la ilusión y la fe que de la evidencia.

Christine Webb, primatóloga de Harvard, lleva años investigando las ricas vidas sociales, emocionales y cognitivas de nuestros parientes más cercanos. Pone al descubierto los sesgos con que muchas investigaciones científicas juzgan a otras especies y revela la complejidad —a menudo ignorada— del mundo no humano: desde el lenguaje de los pájaros cantores y los perritos de las praderas hasta las culturas de los chimpancés y los peces de arrecife, o la sorprendente inteligencia de las plantas y los hongos. Con relatos fascinantes y nuevas investigaciones, nos ofrece una perspectiva transformadora para comprender a otros seres vivos en sus propios términos, una visión que está revolucionando nuestra manera de entender tanto a los demás como a nosotros mismos.

Las críticas al excepcionalismo humano suelen centrarse en nuestra obligación moral hacia las demás especies, pero olvidan lo que también podríamos ganar si desmontamos nuestras ilusiones de singularidad y superioridad. Este cambio de perspectiva nos llena de asombro y satisface uno de nuestros deseos más profundos: el de pertenecer al gran conjunto del que formamos parte. Lo que está en juego es una forma de vida mejor y sostenible, con el potencial de sanar y regenerar nuestro planeta común.



LA AUTORA

CHRISTINE WEBB es primatóloga en el Departamento de Biología Evolutiva Humana de Harvard, especializada en comportamiento social, cognición y emociones. Trabaja con primates no humanos en diversos entornos y colabora con investigadores de las ciencias sociales y las humanidades para replantear el papel de la ciencia en el creciente debate sobre el reconocimiento del estatus moral de los animales. Su trabajo ha sido difundido en medios como *The New York Times*, *The Washington Post*, *National Geographic* y la *BBC*.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Linneo, el padre de la taxonomía moderna, nos bautizó como *Homo sapiens*, el «hombre sapiente», el «hombre sabio». Hoy en día, nos denominamos a nosotros mismos *Homo sapiens sapiens*, «los más sabios de entre los sabios». No obstante, concebirnos en estos términos superlativos va en contra de cualquier noción darwiniana de continuidad en las ramas del árbol de la vida.»

«Los intentos de identificar ese rasgo que nos haría únicos abundan en prejuicios de este tipo. En una entrevista de 2016 en la emisora NPR titulada «Why Did Humans Become the Most Successful Species on Earth?», el historiador y autor superventas Yuval Harari atribuyó este hecho a la imaginación. Según él, este es el motivo «por el que miles de millones de nosotros somos capaces de cooperar, mientras que los chimpancés no pueden, y por el que hemos llegado a la Luna, escindido el átomo o descifrado el ADN, mientras que ellos solo juegan con palos y plátanos».»

«No obstante, estas ideas no se limitan a la prensa generalista, sino que hay ponencias enteras dedicadas a este tema. Así, en la convención de la Asociación de Ciencias Psicológicas de 2019, el primatólogo Michael Tomasello abrió su discurso principal con una apología de los grandes simios, antes de pasar a defender nuestra superioridad intelectual, en cuanto seres humanos. De hecho, existe todo un campo de investigación dedicado a explorar la vasta disparidad que habría en este frente entre nosotros y el resto de los animales. El antropólogo y biólogo Marc Hauser lo ha denominado «humanidad». [...] Estos rasgos nos habrían posibilitado dominar el planeta, lo que a menudo se equipara con el «éxito evolutivo». ¿Qué otra cosa cabría esperar de una especie que con frecuencia hace alarde de su propia inteligencia? Parece que hoy en día, tanto como desde una perspectiva histórica, lo que nos hace especiales es que nos gusta pensar que lo somos. Hamlet tenía razón en una cosa: somos una auténtica «obra maestra». »

«El argumento central de este libro es que la defensa de la excepcionalidad de los seres humanos (también conocida como antropocentrismo o supremacismo humano) anida en la raíz de la crisis ecológica. Esta ubicua forma de ver las cosas nos imbuje del sentimiento de dominar la naturaleza, de ser ajenos a ella y de disponer del derecho a explotar la Tierra y las demás especies para beneficio nuestro. Algo que se ha vuelto contra nosotros en la actualidad, porque ha provocado incendios forestales, la subida del nivel del mar, extinciones

masivas y pandemias como la del coronavirus. Esta manera desafortunada y peligrosa de concebir el mundo es un lavado de cerebro de tales proporciones que muchas personas no son conscientes de ello. Desde la más tierna infancia hemos interiorizado este mantra y la sociedad lo ha reforzado de varias formas: en la escuela y en los libros de texto, en sermones, campañas políticas, anuncios, películas y festejos, así como en el lenguaje y en muchos aspectos más. Sin embargo, tal vez lo más inquietante sea que se ha colado incluso en la ciencia. Así es. Tras una carrera dedicada a estudiar las mentes de nuestros parientes vivos más cercanos, los primates, lo sé de primera mano. Una mañana, al borde del desierto de Namibia, un papión llamado Bear supo leer mis pensamientos.»

«Hoy en día y cada vez más, la ciencia es responsable de conformar nuestra percepción del lugar que ocupamos en el mundo natural. Sin embargo, cuando permitimos que esta sea colonizada por nociones de supremacía humana, se producen sesgos que perpetúan esta ideología, en vez de adoptar un punto de vista más humilde y realista de nuestras capacidades. Esta es una de las principales razones por las que este mito domina el pensamiento actual. A diferencia de la teoría de Darwin, que supone una continuidad entre los seres humanos y otras especies, el ámbito académico actual mantiene que hay una profunda separación entre nuestras mentes y las de los animales. La idea de *El mono arrogante* surgió en 2019 cuando me incorporé al Departamento de Biología Evolutiva del Ser Humano de Harvard. La cuestión de nuestro desarrollo, hasta llegar a ser de la manera que somos hoy en día, es algo que me ha intrigado desde hace mucho. Además de mi interés de toda la vida en los otros animales, esta curiosidad es parte de la razón por la que me convertí en primatóloga. Una perspectiva evolutiva hace hincapié en la continuidad, es decir, en el hecho de que las diferencias entre organismos son más una cuestión de *grado* que de *tipo*. Sin embargo, la noción de que hay rasgos esenciales que disfrutan todos los *Homo sapiens* y solo estos (y ninguna otra criatura) ha demostrado tener una resistencia increíble. Desde un punto de vista histórico, los intentos de definir una «naturaleza humana», estable, única y universal, han incluido a miembros de otras especies o excluido a sectores de la nuestra (a menudo aquellas capas de la población que ya estaban discriminadas y marginadas de algún modo por la sociedad). »

«Desde los áridos desiertos de Namibia, en los que medra una extraordinaria población de papiónes, hasta un santuario selvático en Zambia, que rescata y rehabilita chimpancés, he pasado la mayor parte de mi vida adulta dedicada a la investigación de la rica vida social, emocional y mental de los primates no humanos. Ellos me han enseñado muchas cosas. No obstante, por encima de todo he aprendido que los límites que creemos que nos separan del

resto de las criaturas son artificiales, porque están trazados de manera fundamentalmente errónea.»

«[...] Es más, estos trabajos se basan en diseños experimentales antropocéntricos. A menudo involucran tareas que los primates nunca realizarían en la naturaleza, tales como emplear pantallas táctiles o juguetes de plástico. A lo sumo, este tipo de investigaciones podrían decirnos cómo se desenvuelven estas criaturas frente a ciertas acciones que a nosotros se nos dan muy bien, pero arrojan muy poca luz sobre las adaptaciones intelectuales propias de otras especies.»

« La publicación satírica online *The Onion* lo resumió a la perfección en un artículo titulado «Estudio: los delfines no son tan listos en tierra firme». Cuando se toma la medida del mundo con una vara de medir hecha para los seres humanos, es inevitable que otras especies no den la talla. Un paradigma menos antropocéntrico sería de gran ayuda a la hora de entender mejor las adaptaciones intelectuales de otras criaturas, en lugar de compararlas con un estándar humano, frente al que se muestran deficientes de manera inevitable. Pioneros científicos del pasado y del presente se han distanciado de las limitaciones del pensamiento tradicional en este sentido y se han liberado de su influjo. Sus obras ocupan un lugar destacado en mis propias investigaciones. Desde nombres tan conocidos como Charles Darwin hasta visionarios menos famosos como Lynn Margulis, pasando por botánicos como Robin Wall Kimmerer y primatólogos como Frans de Waal. ¿Qué ocurre cuando los investigadores abordan sus proyectos con humildad, respeto y una mente abierta? Sus descubrimientos revelan aspectos complejos de las formas de vida que antes pasaban desapercibidas, como el lenguaje de los pájaros cantores y de los perritos de las praderas, la cultura de los chimpancés y de los peces de los arrecifes, o la perspicacia de plantas y hongos. Surge así una percepción diferente de estos organismos, algo que solo es posible cuando se superan las nociones de la especial condición de los seres humanos y se valora cada organismo por sus propios méritos. Esta forma de ver las cosas ha causado una revolución en nuestra comprensión de las otras criaturas y de nosotros mismos.»

«Imparto un curso en la carrera titulado «El mono arrogante». He sido testigo del modo en que mis alumnos experimentan una transformación fundamental al aprender a ver más allá de las formas rudimentarias en que el relato de la excepcionalidad humana ha moldeado su visión del mundo. Al abrir los ojos a esta nueva realidad, empiezan a percibir la naturaleza de una manera más viva, animada y consciente. Sus paseos por el campus o por un bosque ya no son iguales. Ahora, constituyen oportunidades de interactuar con una multitud de formas

de vida y de sentirse como parte de algo más grande que uno mismo. Para algunos de nosotros, desaprender esta narrativa refuerza lo que desde hace mucho tiempo hemos sostenido como evidente: que el mundo está lleno de inteligencias y conciencias de diversos tipos.»

«La pandemia de coronavirus es un buen ejemplo de ello. Parece que en esta ocasión la naturaleza desafió la primacía de los seres humanos como nunca lo había hecho. No obstante, los medios de comunicación se deshicieron en elogios de lo ingeniosa que fue la humanidad al crear las vacunas para esta enfermedad, al mismo tiempo que pasaban por alto el hecho de que es muy probable que fuese nuestra explotación de los hábitats zoológicos lo que desencadenase el virus en primer lugar (y lo que conducirá de manera inevitable a futuros brotes de este tipo). Del mismo modo, los relatos que copian el lenguaje militar y hablan de «guerra» contra el virus, o de «vencerlo », perpetúan el punto de vista según el cual la naturaleza es una fuerza que hay que controlar y dominar. [...] Se necesita un enfoque radicalmente más humilde. El tiempo apremia. Parto del supuesto de que estamos de acuerdo en que la salud del planeta se encuentra en un estado calamitoso. Este libro no pretende convencer a nadie de que este sea el caso. Las estadísticas hablan por sí solas y son desgarradoras. Es probable que haya alguna versión de las mismas que nos quite el sueño. Sea como fuere, lo cierto es que, de continuar las tendencias actuales, más del 90 % del suelo estará degradado en 2050.»

«¿Por qué no hemos dado los pasos necesarios para mitigar las devastadoras consecuencias del cambio climático (las cuales ponen en peligro nuestra propia supervivencia), a pesar del consenso científico que exige medidas urgentes? [...] La dificultad estriba en imaginar la manera de hacerlo. Esto es lo que ocurre con las narraciones de la excepcionalidad del ser humano. Nos dan la sensación de que no hay vuelta de hoja y de que somos incapaces de reinventar de forma estructural nuestro modo de vida.»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

